

UN SEGUNDO DE GLORIA

GANADOR DEL II CONCURSO DE RELATO CORTO LA ENCERRONA – 2005

Autor: Vicente FERNANDEZ SAIZ.

Sebas esperaba junto a su hermano a que el sexto novillo de la manada hiciera su aparición. Estaba situado, como siempre, en una de las localidades que daban justo encima de la puerta grande. Desde allí, levantándose, se divisaba la última parte del encierro y la aglomeración del enorme gentío que, desde muy temprana hora, iba tomando posiciones detrás de la barrera de tablones, subidos a los árboles o asomados a los balcones. Aquel ambiente le enardecía. Y se excitaba también viendo la tensión de los corredores que esperan ansiosos el sonido del primer chupinazo. Y cuando la manada de toros hacía acto de presencia en la plaza, escupiendo bajo sus pezuñas puñados de arena. Y con los pases de pecho y con las verónicas y con las largas cambiadas y con los naturales. Incluso el silencio que envolvía a la plaza, cuando el diestro de turno igualaba al toro para entrar a matar, le ponía en tensión. Pero, sobre todo, había algo que le erizaba el vello de todo su cuerpo: los olés del público. Esas exclamaciones que salían del alma del respetable y que eran la antesala de algún trofeo y quizás, con un poco de suerte, de la salida a hombros por la puerta grande le volvían loco. Entonces, ante aquellas muestras tan repentinas de aclamación, no podía contenerse y se levantaba y gritaba: ¡olé!, ¡olé!, ¡olé! Lo hacía casi siempre a destiempo, con unos segundos de retraso sobre los demás, porque no era capaz de seguir el ritmo que imponían aquellas gargantas enfebrecidas por una serie de derechazos finiquitados por un ajustado pase de pecho mirando al tendido. Y normalmente el último olé sonaba solo en el ruedo, como un eco estridente y algo lejano de todos los anteriores, que hacía que algún espectador de las localidades cercanas se volviera buscando a quien cometía semejante desafino. Y era su hermano quien le tenía que decir: "Vale ya Sebas, vale ya". Sebas, entonces, se sentaba y miraba a su Tato –siempre le llamaba así- y le preguntaba:

-¿Así te decían a ti, Tato?

de gloria"

Y su hermano, que esperaba la pregunta porque la había oído docenas de veces, contestaba de forma mecánica, siempre lo mismo, con la certeza de que esa respuesta y no otra era la que Sebas deseaba:

-Así, pero más fuerte Sebas. Que yo era de los que me arrimaba y no como los de ahora, que la mayoría, en cuanto cogen un poco de fama, se limitan a dar cuatro capotazos y a quejarse de que el toro no responde al engaño o no tiene fuerza. Lo que les ocurre es que andan cortos de repertorio y aún más de valor.

Y Sebas escuchaba entusiasmado, porque para él, su Tato, no sólo era su hermano; era también su amigo, su mejor amigo. Bueno, también estaban Berto y Abel que iban con él al taller. Con ellos discutía de fútbol, porque uno era el Madrid y el otro el Barcelona, y a él le gustaba picarles cuando alguno de sus equipos perdía. Pero eso era los lunes, el día siguiente de jugarse un partido de liga. Los demás días de la semana se aburría porque él con lo disfrutaba era hablando de toros y ninguno de los dos entendía del tema. No sabían quién era Pepe Luis Vázquez, ni Curro Romero, ni habían oído hablar nunca del toro que mató a Manolete. Pero él sí que lo sabía. Sabía el nombre de los principales toreros de España -los de antes y los de ahora-; podía diferenciar entre una entrada a matar recibiendo o al volapiés y conocía también si un toro era veleta, bragado o jabonero.

Nadie entendía cómo tenía tanta facilidad para aprender cualquier cosa que estuviera relacionada con el mundo de los toros y, sin embargo, fuese tan torpe para lo demás. Y es que nunca fue capaz de memorizar la tabla de multiplicar y tuvieron que pasar varios años para que llegara a maljuntar algunas letras con sentido. Una meningitis, cuando apenas tenía unos meses, fue la culpable de aquella desgracia que vino a truncar las esperanzas de una familia que, después de doce años, había logrado dar un hermano al primogénito. Y Sebas acabó, a los cinco años, en un colegio de educación especial y, después, a los dieciséis, en un taller para disminuidos psíquicos. Allí conoció a Berto y a Abel, que venían en autobús desde pueblos cercanos. Eran sus

de gloria”

amigos, pero su Tato era mucho más. Su Tato le llevaba los domingos por la mañana con los de su cuadrilla a tomar el mosto y las rabas. Hacían juntos la ronda de bares de la plaza y acababan en casa a las tres de la tarde. Eso a Sebas le gustaba, porque le hacía sentirse mayor y porque gracias a ello le conocían en todo el pueblo y se sentía querido y sobre todo importante. Pero de lo que más orgulloso estaba era de que su hermano fue novillero. Y, según le había asegurado él, habría tomado la alternativa y habría sido más famoso que El Cordobés sino hubiera sido porque un día, cuando iba a torear a Ciudad Rodrigo, tuvo un accidente con el coche. Fue mala suerte –le había oído lamentar-, porque justo aquella tarde iba a ver la corrida un apoderado que había sacado de la nada al mismísimo Niño de la Capea. Pero aquella maldita curva con el peralte mal diseñado hizo que se saliera de la carretera y que acabara con una lesión en la pierna derecha. De nada sirvieron las innumerables sesiones de rehabilitación. Aquel accidente le dejó de herencia una visible cojera que cercenó de raíz todas sus aspiraciones de gloria. Desde entonces, se tuvo que conformar con ser un mero espectador de las corridas que daban en la televisión. Era en esos momentos cuando aprovechaba para enseñar a su hermano lo mucho que sabía sobre toros. Y Sebas absorbía como una esponja cuanto le comentaba y esperaba con anhelo, año tras año, a que llegaran las fiestas patronales para ir con él a los festejos taurinos que se organizaban en el pueblo. No había encierro, ni suelta de vaquillas, ni corrida que se perdiera y a todos acudía con una descolorida muleta que su hermano aún conservaba de sus años de novillero.

Y aquella primera mañana de feria los dos escudriñaban la salida de la última curva esperando a aquel novillo rezagado. Los demás astados y los mansos había llegado hacía ya unos minutos. Por la megafonía se había insistido para que la gente, que se había quedado en el ruedo pensando que el encierro había terminado, saliera del mismo y ya en la arena únicamente estaban los corredores más atrevidos. La algarabía de la plaza se había tornado en un murmullo nervioso y muchos de los espectadores, ante tanta tardanza, empezaban a sentir el efecto desazonante de aquella tensa espera. A más de uno la angustia le resquebrajó la placenta de los recuerdos y las

de gloria”

imágenes trágicas de algún encierro anterior salpicaron su mente. A una de las charangas se le ocurrió la idea de embozar la desazón haciendo sonar las notas de “Paquito el chocolatero”, pero no tuvieron mucho éxito. La gente no se dejó llevar por el entusiasmo de los músicos y centraba sus miradas en los espectadores de la parte alta de la puerta grande, para ver si con sus gestos daban algún indicio de lo que ocurría. Y ante la avalancha de público, que quería hacerse un hueco en aquel privilegiado lugar, Sebas, que ya se había visto separado de su hermano unos metros y que se sentía aprisionado contra la pared, decidió salir de allí. En su retirada hacia los asientos de la contrabarrera, oyó cómo alguien de aquella masa ingente le gritó:

-Sebas, vas a tener que ir tú a buscarle, para que vean aquí quien es el que de verdad entiende de toros.

Sebas dirigió la mirada hacia las localidades de donde provenían aquellas palabras con la intención de poner cara a aquella voz, pero, justo en ese instante, la quietud abigarrada de las gradas se rompió ante el clamor de gritos que surgieron a su espalda y la rigidez del público pareció desplomarse como las piezas de un puzzle vuelto hacia abajo. Al momento, la puerta de la plaza empezó a vomitar corredores como si fuese la boca de un enorme cetáceo a quien se le ha indigestado la comida de todo el día. En tan solo unos segundos la presencia en el ruedo de un novillo cárdeno y corniapretado arrancó una sonora ovación del respetable, pero a los pocos metros de traspasar las tablas, el animal, seguramente desorientado ante la amplitud del nuevo espacio y la gran cantidad de estímulos que se desplegaban ante sus ojos, frenó en seco su carrera e hizo un amago de volver hacia atrás. Fue, en ese preciso momento, cuando el público se percató de que un joven con una muleta en la mano salía de uno de los burladeros y se plantaba delante del astado. A nadie le dio tiempo a reaccionar. Todos los espectadores ralentizaron en su mente la escena con la esperanza de que no llegara su final, pero una sacudida eléctrica del brazo de aquel espontáneo citando al animal consiguió su objetivo. La realidad dejó entonces de rodar a cámara lenta y el novillo se arrancó como un poseso hacia el engaño. Sebas, al ver cómo aquella enorme masa

de gloria”

plomiza se dirigía hacia él, notó una sensación de frío almizclada con un ligero temblor que le heló hasta la médula. A pesar de ello no vaciló. Dio un paso hacia adelante, juntó los pies y extendió todo lo que pudo el brazo mientras sujetaba con fuerza la muleta y levantaba la vista hacia el tendido. Durante un instante oyó los olés de una parte del público y sintió cómo todas las miradas de la plaza buscaban el haz de luz que iluminaba al héroe de aquella mañana. Fue sólo un segundo, pero a él, aquel espacio de tiempo tan breve, se le quedó grabado en su cerebro como una foto fija y ya no fue consciente de más. Ni siquiera se percató de que el novillo se quedó a media embestida. El animal, una vez que se sacudió la muleta de su testuz, arremetió contra él y, tras empitonarle en la parte posterior del muslo, le lanzó al suelo como a un pelele. Cuando volvió en sí, se vio en brazos de un grupo de personas que le llevaban en volandas por el callejón hacia el puesto de la Cruz Roja. Fue entonces cuando observó a su lado el rostro descompuesto de su hermano que, mientras intentaba taponar la hemorragia con un pañuelo, exclamaba:

-¿Qué has hecho Sebas? Dios mío, ¿qué has hecho?

Pero Sebas no escuchaba más que el clamor de la gente ante la arrancada de aquel sexto novillo del encierro y con la cara iluminada por una sonrisa, igual que si fuese un niño que acababa de conseguir un deseo largamente anhelado, sólo lanzaba preguntas al aire:

-¿Has visto, Tato? ¿Has visto cómo el público se levantaba y aplaudía? Ha sido una verónica, Tato; una verónica.

Y su hermano, tras oír aquellas palabras totalmente impropias de la gravedad del momento, notó que sus ojos se cubrían de una acuosa muselina de telarañas y se le formaba un nudo en la garganta. Hizo entonces un esfuerzo para demudar su rostro en busca de una fingida muestra de aprobación y con la voz entrecortada por la angustia, logró decir:

- Sí, Sebas. Una verónica; una verónica a pies juntos como las que hacía el mismísimo Pepe Luis Vázquez.